

OSCURA FLAMA HUNDIENDOSE

Por Tomás MOJARRO

Dibujos de Juan SORIANO

“**A**LGUIEN SUBE ALTO, muy alto, para de pronto sentir lo duro del suelo. Se agarra a piense y piense hasta perder la razón o ve el sol de frente para quedarse a oscuras. Yo quería vivir; lo quería con todas mis fuerzas. Sólo eso quería...”

—¿Lo estás oyendo, hermana, lo alcanzas a oír?

—Ese dinero, dímelos; ¿por qué no me dices dónde...?

—¿Lo oyes cantar? En alguna rama del temachaco. En el mezquite del corral o quién sabe dónde...

—Ese dinero, dímelos; dime dónde está enterrado ese dinero.

—Puede que sea un tilano. Sí, yo creo que eso es: un tilano. Tú no lo estás oyendo. ¿Verdad?

—Claro que sí lo oigo. Ya estoy fastidiada de tanto oírlos. Maldito animalero...

—La mayoría de los pájaros duermen de noche. Este debe de ser un tilano.

—Decirme dónde está ese dinero, eso es lo que habías de hacer. Voy a levantarme para espantarlo. Aborrecido animalero que hasta de noche...

“Trato de contestarle: déjalo en paz, pero siento que mi hermana no se ha movido del suelo donde estamos acostadas. Me gustaría decirle: *mis ruidos, hermana, los de nosotras las que no podemos ver otra cosa que ruidos. Si supieras... esto está muy oscuro; oscuro y vacío y acorralado. Yo... yo si pudiera explicarte... yo de un lugar a otro, pero lo oscuro siempre acorralándome. Entonces yo sin poder escaparme de esta como pared de cosa oscura.* Pienso: si a mi espalda, y volteo la cara cuando la pared se me adelantó para seguir acorralándome la espalda.”

—Ni creas que lo iba a espantar. Eso lo dije sólo para hacerte desatinar. ¿No tienes sueño? Duérmete.

Entonces sólo estos ruidos que me alivian lo oscuro. Por eso tengo la calavera llena de ruidos. Ah, lo que me alivia el oírlos. Mis ruidos, los míos, los de esta ciega que...

—Te estoy hablando. ¿Ya te dormiste? Te estoy hablando, profesora Cortés. Ja-ja, profesora hermana, hermana inválida, hermanita...

—No, todavía no puedo dormir. Sólo seguir pensando... En mis ruidos. ¿Sabes? Atravesan esta maldita pared prieta y entonces los oigo, los tentaleo, como si dijéramos. Mis ruidos, un enjambre de lucecitas... Lisos y fríos, resbalosos y afilados y húmedos. Ruidos que llegan como puentes. Puentes retorciéndose o rechinando los huesos, como si dijéramos. ¿Me oyes? Duros y pesados, dolorosos... yo sintiéndolos deshacerse, y brillar, y llenarme de luz antes de terminar deshilachándose. Pero el canto de los pájaros... ¿Qué tan brillosas se miran esta noche las estrellas? Hermana, hermana, ¿ya te dormiste? Contéstame, qué tan brillosas...

—...

—Ahora ese ruido tuyo que golpea las tripas de mi calavera. Como si me cuerearan, Santo Cristo, como si se me enredara en el pescuezo, Ese ruido me derrite algo allá donde la siento derretirse. Ese ruido que mueves al sorber el moquero que te aflojan las lágrimas...

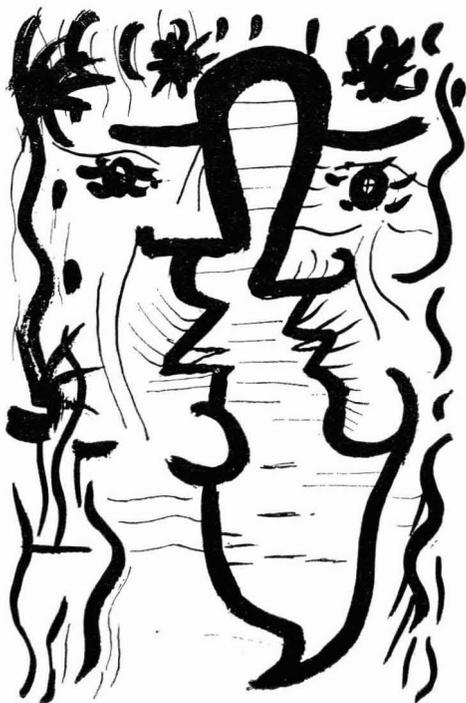
“Pienso: cállate, maldita ciega. Déjame en paz, inservible pedazo de mugre. Apestosa infeliz, muérete. Si me dejaras tranquila, sin ruidos y cantos de pájaros. Si te murieras, pedacito de carne ciega y engarrada de dolor; si te murieras yo me volvería ciega por causa de lo que me dolería que te hubieras muerto.”

—¿Sabes? Nunca lo deberías de hacer. Lo que me duele tentar algo húmedo en tus ojos cuando lloras... Por eso te voy a decir dónde está ese dinero; voy a decírtelo. Pero antes, ¿para qué, dime, para qué necesita dinero un par de lo que somos nosotras?

“Hay muchos individuos que se casan por interés. Se casan para quitarse de robar gallinas o cazuelas de nixtamal.”

—¿Para qué?, contéstame. Yo creo que Dios no hace nada a medias. Nosotras somos muy pobres, las más pobres de este pueblo. El sabrá por qué, y contra Su voluntad ¿Qué podemos? Pero en nuestras manos el dinero no luciría, lo apstaríamos al esconderlo en el seno...

“Ellos se casan por interés. Y a mi edad todavía se sienten largas las noches. Largas y desesperadas. Entonces se siente el corazón hinchado, caliente, como tumor que se fuera inflando antes de reventar en llamas. Por eso luego me atacan los sueños. Sueños en los que alguien me rasga el vientre, lo muerde hasta despedazarlo. Este vientre mío hecho astillas, esta carne ensartada en los dedos de algún marihuano rabioso, de los marihuanos que por las noches vienen a fumar su yerba metidos en las cuevas de Arroyo Blanco.”



—Porque nosotras ensuciaríamos el dinero, emporcándonos él con su mugre. ¿No crees? El dinero nos levantaría la cabeza... ¿Te imaginas nuestra cara hacia el cielo; te imaginas el montón de mugre que daríamos a conocer? Se reirían de nosotras, de nuestra fealdad, de todo lo que ahora no se ríen porque nos lo tapa el rebozo... oye. ¿No oyes?, ha de ser un tilano. Casi diría que estoy cierta de que es un tilano. ¿Lo oyes, hermana?

“También los arrieros duermen a la mitad del campo. Creo que en una de estas noches no voy a soportar más esto que ahora me retira el sueño. Correr, correr descalza por entre el monte para sentir que el monte me está rompiendo el vestido y la carne. Correr hasta que caiga muerta de cansancio, ensartada en alguna raíz o entre las pencas de los nopales. Entonces los coyotes morderán mi carne y mis piernas, y las auras y zopilotes hundirán sus cabezas en mi seno. Cabezas desgarrándolo hasta desgarrar este tumor que me retira el sueño.”

“Los sinsontes se ríen, y su risa parece cantos de niños. Hace mucho tiempo que aquellos niños se me figuraban sinsontes. Pero ahora estos cantos como aquella parvada de risas que yo apaciguaba para enseñarlos a deletrear palabras...”

En el mezquite del corral cantan los pitacoches. Cantos gruesos que se alargan como gotas de miel madura. Cantos alargándose como correas de sol, como nervios vivos. Mis cantos de pájaros a media mañana, tan oscura la mitad de la mañana desde donde cantan los pitacoches.”

—Con suerte todavía tienen composura tus ojos. Pero sin dinero...

(En la tarde cantan las huilotas hormigueras. Cantan como si... ¿Eso es cantar? Qué dolorida manera de quejarse, Virgen Santa. Canto como dolencia de ciega. Canto que hierve hasta brotarse por el pico. Los ruidos...)

—Yo te llevaría de nuevo a Aguascalientes. Volveríamos a arriesgar unos centavos, como los que arriesgamos cuando vendiste la casa.

—Está bien, te lo voy a decir. ¿Me oyes? A decírtelo. Tú no más óyeme. Me acuerdo que yo estaba en la cocina. En aquella cocina que después desbarató don Raudel para levantarle un cuarto al hijo casado. Como si ahorita fuera... me acuerdo que mi padre llegó de Guadalajara. Arriero él, a eso se dedicaba. Miró que nadie lo viera antes de vaciar la víbora en aquel agujero. Pesos fuertes, hermana. Dinero que entonces sí valía dinero...

—¿Te das cuenta? Con sólo pedirle permiso a don Raudel. Vamos a sacarlo, nosotras que lo necesitamos tanto.

—A los cuantos días lo vino matando la gente de aquel Secundino mentado, el que saqueó el templo una vez. Me acuerdo que la tierra tembló cuando ese sucedido. Pero tú no te acuerdas de ese entonces; tú estabas de este tamaño...

—Mañana no comeremos otra cosa que verdolagas. Ni para comer tenemos los suficientes centavos. Y aquéllos eran de mi padre, como quien dice de nosotras... con sólo pedirle permiso a don Raudel. Yo creo que sí nos deja.

—Pero yo creo que está encantado. Puede ser que el demonio...

—¿Está qué? No, eso no puede ser. Ni que fuera tanto. Si no pasa de ser un puñito así de dinero...

—Oye no más cuánto ruido. La noche, así se llama el ruido del silencio. Así: la noche. En la noche se oyen quejidos. Y todo porque el Diablo se dedica a cuidar el dinero enterrado.

—Pero, ¿tú también crees en espantos? Si los espantos no existen.

—Porque mientras el cristiano escarba se oyen quejidos entre la tierra.

—¿Quién te contó esas mentiras? No es verdad, no puede ser, hermana.

—Un cirio encendido. Una cruz de palma bendita. Cántaros llenos de carbón. Las ánimas...

—Mañana no vamos a probar tortilla. Casi no vendiste semillas. Yo creo que por lo mal que las tuestas. Y por otra parte, yo tampoco deshilé mucha costura. Mis ojos, que si tú supieras lo que se me cansan con la costura...

—Mi crucifijo. Obre Dios, y si tú quieres, mañana mismo...

“Amarillo verdoso. Lo agarra una y la mano queda apestosa a cobre. Su crucifijo... y yo engarruñé las piernas antes de decirle:

—Vamos a dormirnos. Pero antes, ¿sabes? Como cuando tú las mirabas. Relumbrosas y bajitas. Como punzadas de luz o de esperanza recién amanecida. ¿No me habías preguntado por las estrellas? Así se miran esta noche. Así se miran desde aquí donde estamos acostadas. Todo por la pila de agujeros que tiene el techo de nuestra casa... Pero vamos durmiéndonos, que mañana tenemos que madrugar para agenciarnos una barra de albañil. La barra, los ruidos, la esperanza... Todo eso tenemos que dejarlo para mañana...”

Miró la sombra sobre el montón de maíz que estaba desgranando. Entonces levantó la vista para darse cuenta de que se trataba de aquellas mujeres. Les preguntó con los ojos mientras las arrugas de su frente se esforzaban por hacerse signos de interrogación. Así fue como las mujeres comenzaron a hablar, y él a olvidar las preguntas al tiempo que comenzaba a asombrarse. Dijo mientras hacía a un lado la mazorca a medio desgranar:

—Yo creo que no sólo están pobres; locas también. De todas maneras pónganse a hacer eso que... Locas, de verdad que eso creo.

Y trató de disimular algo riéndose. Luego dejó a un lado la risa y prendió su mirada en la sombra de aquellas enaguas negras. Las enaguas seguían alejándose rumbo al interior de la casa, cuando él pensó mientras las miraba: “mis huevos”, y al pensar aquello se levantó y fue hacia el mezquite donde los manojos de tlazole estaban acomodados entre las ramas. Después de haber trepado al tlazolero y de haber buscado y recogido y sopesado un par de huevos entre sus manos, sólo su cabeza siguió erguida hacia el rumbo de las enaguas negras. Pensó mientras miraba y sopesaba y recostaba su cabeza entre el tlazole antes de levantarla de nuevo para volverla a recostar en el tlazole:

“Qué se puede pensar de lo que estoy viendo hacer a las viejas que fueron las dueñas de mi terroncito de casa.”

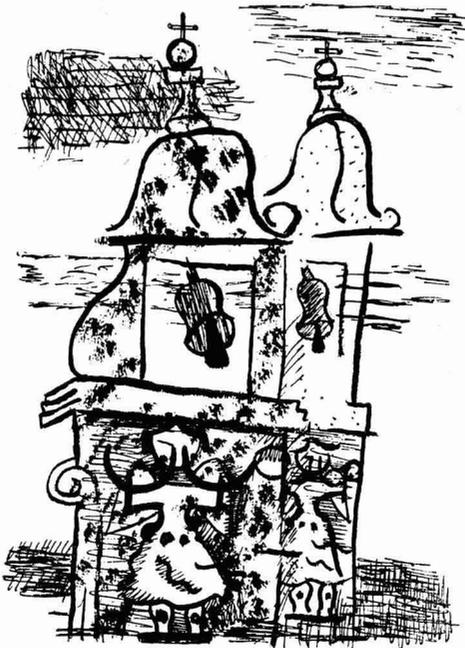
Y siguió mirando hacia un solo rumbo durante mucho más tiempo del necesario para recoger cuanto huevo hubieran podido las gallinas esconder entre el tlazole. Raudel, o don Raudel Gómez, seguía pacíficamente pensando:

“No sé ni qué pensar, con setenta mil tiznadas.”

“Ella me dijo: *entre el pozo y la puerta del corral. Vete junto a la cerca y cuenta los adobes.* Yo le contesté: *es que hay muchas piedras; un montonal de piedras en el lugar de tus cálculos.* Y ella me contestó: *las hacemos a un lado.* Entonces yo le hice saber lo grande de aquellas piedras, y que se podía machucar un pie si me ayudaba. Pero mientras yo decía aquello mi hermana había comenzado a desparramar las piedras aquellas.

“Cuando alguien cree que trabaja por última vez, que por última vez tiene que fatigarse como animal acosado, entonces ya no se siente lo duro del trabajo. El sudor corre por la frente y detrás de las orejas, escurre por la espalda y hace comezón entre el cabello y en la pretina de la enagua blanca. El sudor sigue escurriendo, pero no me acuerdo de secarlo con mi rebozo. Eso, cuando alguien cree que lo está haciendo por última vez. Le dije a mi hermana:

—“Descansa, si descansaras un poco...”



“Pero mi hermana no quiso oírme. Me dio lástima mirar cómo tentaleaba aquellas piedras, pesadas, resbalosas, para luego levantarlas con pila de trabajos, abriendo tamaños ojos al levantar las piedras aquellas. Le dije:

—“Descansa. Te digo que yo puedo trabajar sola. Tienes todas las uñas quebradas. Habías de ver cómo traes los dedos, todos despellejados...”

“Mi hermana, sus ojos, esos sus ojos inútiles, plagados de nube como un par de charcos tapiados de lama terregosa, con lagañas espesas y aguanosas de sudor. Pobres ojos los de mi hermana, brillosos y húmedos antes de foguearse y volverse tan secos y tatemados sobre sus libros de profesora rural. Ahora sólo esas grietas lodosas, iguales a las que deja el río en el barro cuando se van las aguas.

“Ruidos duros, secos, pesados. Las piedras gruñen por lo que les hacemos. Gruñe el demonio, las ánimas y la flama azul del dinero. Este crucifijo en mi seno, crucifijo del Santo Señor de Jalpa. Pero ahora estos ruidos que rebotan como gruñidos de ánimas despiertas antes de tiempo.”

Oyó cuando le gritaban: Raudeeel, y Raudel, o don Raudel Gómez levantó un

poco la cabeza de entre el tlazole. Siguíó mirando en aquella dirección donde las mujeres seguían desparramando piedras. Pensó: “mi terroncito de casa les pertenece. Eso quiere decir que la ciega... no sé ni qué pensar de esto, que ya me arden los ojos de tanto seguir mirando.” Entonces volvió a oír: Raudeeel, y casi en seguida otra voz: papá Raudeeel, dónde se metioó, y él dijo tan quedamente que casi lo dijo sólo en el pensamiento: *cállense, raza hija de setenta miles de tiznadas*, y siguió mirando y pensando y apretando aquel par de huevos entre sus manos húmedas de sudor. Pensó:

“Ya están terminando. Un reguero de piedras. Luego escarbar en el suelo con esa barra que traía la buenisana. Buenisana, pero ya comenzando a pasarse, si no yo le podría hacer el favor, pero Ave María Purísima de aquí a que escarben, pero esas son las campanadas del Angelus. *El ángel del Señor anunció a María y concibió*, por eso de aquí a que yo mire algo con forma de lo que vinieron a buscar ya tendré pensado lo que tengo que hacer.”

De pronto miró cómo una de las mujeres soltó una piedra y un grito rápido y corto como lanceta medio ahogada antes de clavarse. Miró a las mujeres caminar y agitarse y después de un rato caminar lentamente hacia el rumbo del tlazolero. Raudel, o don Raudel Gómez, fingió que el tiempo no le había alcanzado para localizar todos los huevos. Siguíó buscando mientras las mujeres caminaban frente al mezquite del tlazolero. De ese modo tuvo que preguntar algo para en seguida oír que una de ellas le contestaba:

—En lugar de que hubiera sido a mí, que no miro las cosas...

Y él habló y agachó las cejas para que quien lo viera y oyera se pudiera enterar de que se entristecía por lo que estaba oyendo:

—Mañana o pasado. Y si usted nos volviera a permitir... no hemos terminado. Todo es cuestión de que me alivie. Si usted nos dejara terminar mañana o pasado. Ahora siento muchas dolencias en mi mano. Vámonos, hermana, que estas dolencias... maldito alacrán, mi mano, mi cuerpo, vámonos. Como entumecido, como volverse de trapo. Cúrame, hermana. Vámonos, pero luego tenemos que regresar, pero regresar de nuevo.

“Las estoy mirando cuando caminan rumbo a la puerta; luego oigo: papá Raudeeel, respondeaa. Y yo me apeo del tlazolero y empiezo a parpadear por lo que me arden los ojos. Entonces miro que mi retoño me mira asombrado antes de soltar la risa. Pienso: no sea irrespetuoso, no se me alebreste, que todavía puedo echarle carambazos. Y cuando le voy a decir eso que pienso, miro que se ríe de mis manos y que mis manos están forradas de huevo por que se me quebraron los que traía en las manos. Pienso: tiene razón de reírse, y hago el intento de acompañarlo en su risa, pero le digo:

—“Cállese, cabrón, y prepárese porque vamos a trabajar. ¿Qué en qué? En volver a su lugar aquel reguero de piedras.

“Sólo entonces me río y me limpio las manos contra el troncón del mezquite.”

Desde las torres del templo se descolgó el eco de las campanas. Las campanadas rodaron lentas, pesadas entre aquel tiempo sin aire. Atravesaron el ramaje de los eucaliptos y ascendieron hasta las últimas casas del pueblo. Desde el fondo de Arro-

yo Blanco se oía el canto de una huilota hormiguera. Al disolverse en polvo las campanadas volvió a oírse: cúu, cúu, y de tiempo en tiempo siguió oyéndose mientras que el sol comenzaba a perderse rumbo a los cerros de Tepizuasco.

A esa hora los rayos del sol se partieron contra la figura de aquella mujer y alargaron su sombra. Sombra que al estirarse iba haciéndose rizo entre las cicatrices de los surcos. La mujer aquella caminaba palpando la tierra con los pies desnudos. Al hacerlo desenterraba pequeñas polvaredas que en seguida morían por falta de viento. Entonces aquellos ojos de ciega se abrían enorme y grotescamente hacia el rumbo del sol. Las lagañas a medio madurar se cuajaban gelatinosas entre los párpados, y opacamente brillaban con la luz del sol.

La mujer seguía palpando la costra de los surcos con los pies descalzos. Su sombra se movía, se erizaba al moverse y se hacía más larga con la caída del sol contra las jorobas del horizonte. Se volvió a oír: cúu, cúu, al tiempo que los pies desnudos encontraban algo entre las raíces del rastrojo. La mujer se inclinó para recoger aquel pedazo de raja y luego revolverlo entre los otros que guardaba en el rebozo.

Las campanadas volvieron a rebotar contra lo pardo de las laderas. Después se hicieron polvo entre el terregal donde los rayos del sol hacían larga la sombra de la mujer aquella que juntaba mierdas de res.

Se oía: tán, tán, y el eco se envolvía entre la sombra de Arroyo Blanco.

(Por los agonizantes, oremos. Por los caminantes extraviados, los fieles necesitados, los que sufren, oremos. Te rogamos, Señor, por las almas pecadoras, las almas solitarias y las que sienten dolor. Por los pecadores, los enfermos, los tristes o carcomidos de angustia. Refugio de los pecadores, salud de los enfermos, consuelo de los afligidos...) Las barbas del sol se alborotaron contra el horizonte. La fogata contagió al cielo y a la retorcida carne de las nubes. La sombra de la mujer se alargó como para romperse o terminar desprendiéndose de aquellos pies desnudos. Los ojos ciegos continuaban abriéndose como si desde dentro algo los forzara a agrandarse de esa grotesca manera. De pronto se oyó el jaleo de unas alas buscando aire en que sostenerse. Frente a la cara contraída pacífica de la mujer cruzó la huilota, y en seguida las alas de un gavilancillo que la perseguía en medio de aquel aire quieto y ya recién oscurecido.

La mujer se volvió y comenzó a caminar hacia el rumbo de su desaparecida sombra. En el rebozo cargaba la suficiente mierda de res como para mantener la lumbre encendida durante toda la noche.

(Por la angustia de nuestros prójimos, por la sal de sus lágrimas, por su pena traspasada de dolor; por nuestros prójimos, oremos.)

—Tengo sed, hermana, mucha sed. Mi garganta...

—El agua está calentándose. Luego tomarás toda la que quieras.

—Tú, una ciega, curándome. Porque nadie te ayuda, tú curándome.

—Cállate. Al rato tendrás toda el agua que quieras.

—Yo sin poder siquiera comprarle al doctor un puñito de esperanza...

—¿Sabes? Hace rato sonaron las campanas. ¿Las alcanzaste a oír?

—Quiero agua. Tengo mucha sed.

—En la iglesia están celebrando el Jubileo del Santísimo.

—Mi carne adormecida. Esta garganta ahogándose de greñas. Dame agua, si me dieras tantita agua...

—Luego te la daré, ya te dije que se está calentando. ¿Sabes? Hasta el sonido de las campanas... y yo pienso: tan cerca de nosotros, y tan retiradas que se oyen las campanas del pueblo.

—Maldita, óyeme. Maldecida ciega inservible. ¿No me oyes? Agua, hermanita, por vida tuya...

—Te digo que se está calentando. Fría es dañosa. No debes encorajinarte.

—Ya no. Ya no me voy a enojar contigo. Profesora, profesora Cortés. Lo único que me queda en esta infelizada vida que me tocó sufrir.

—Yo creo que hoy les corresponde a las Hijas de María. Todas de rodillas frente a Nuestro Señor. Por eso ninguna pudo visitarte en tu enfermedad. A la noche serán los socios de la Adoración Nocturna. Pero nosotras aquí, sin poder rezarle al Santísimo...

—Si alguien nos ayudara... así me aliviaría más pronto. ¿No crees?

—Puede ser...

—Pero, ¿quién, hermana, quién tiene la obligación de darle ayuda a un par de lo que somos nosotras?

—Sólo Dios...

—Nadie, profesora Cortés. Nadie tiene esa obligación. Pero mi cuerpo, mi garganta, y esta sed y esta desesperación.



Tengo sed, mucha sed. ¿No me oyes, maldecida ciega?

“En esta dirección vienen quedando las Cabrillas. Hacia este lado del cielo los Ojos de Santa Lucía y acá la Cruz del Sur. Eso si no es que se me haya trastocado el rumbo de las estrellas. Quizá afuera está muy oscuro. No, afuera de mis ojos la noche es clara, un poco fría y otro poco llena de luna y de ruidos. El viento se acurruca entre mis enaguas. Venía adormilado y las ramas del mezquite lo despertaron. Se destrenza de las ramas haciendo un ruido como de maldecir entre dientes. Luego se me acomoda en el seno y entre las piernas. El viento, el ruido del viento...”

“Pero ahora comienzo a oír las campanadas con que llaman a los cofrades de la Adoración Nocturna. Campanadas que se acercan por falta de ruidos que las detengan como perros escandalosos. Por oír las tan cerca se me figura que soy gente del pueblo; que estoy en mi casa, la de paredes altísimas y portón de nogal. Aquella casa grandísima y costruda de sol, siempre fresca y con algo de tibieza todos los días. De mi abuelo, de mi padre, mía antes de venderla para no haber podido arreglarle los ojos.

“Debe de ser media noche. Imagino a los cofrades frente a la imagen del Santísimo. Elpidio, y don José Casas. Juan Mojarro y aquel Delfino Guaracha que una vez me pretendió. Una vez, hace mucho tiempo, yo todavía alcanzaba a mirar la vergüenza de sus palabras, cuando me pretendía Delfino Guaracha. Pero mis ojos, Dios mío; mis ojos, mis ruidos, mis cantos de gallos en la madrugada...”

(Cuando cantan los gallos el cofrade vela frente a la Sagrada Forma. Vela con los brazos en cruz mientras gallos y perros alegan y manotean. La luz de las velas hierra su marca en los ojos del cofrade. Luz como acurrucada, como a punto de dispararse o de terminar dormida.

“Bendito y alabado sea el Santísimo Sacramento.” El cofrade vela golpeándose la teta izquierda al tiempo que suspira. Mientras cantan los gallos él canta jaculatorias que parecen forjadas a fuerza de suspiros.

*Perdó on óhdios mio
perdó on indulgencia
perdó ní clemencia
perdó óni piedad
perdó óni piedad...*



D O S T O I E W S K Y

Y

SANTO TOMAS

(Viene de la pág. 2)

mático a través de la conversación de los hermanos.

Los hermanos se reúnen después de una larga separación y la conversación se abre, como un disparo, sobre el gran tema:

Iván abre el fuego: “—¿Por dónde empezamos? Dilo tú mismo... ¿Por Dios?, ¿existe Dios?”

Antes se ha excusado por entrar en materia de una manera tan abrupta alegando que al ruso le interesan fundamentalmente sólo las cuestiones últimas, radicales, universales: “Los jóvenes rusos no hacen más que hablar de cuestiones eternas”. “Los que no creen en Dios hablan del socialismo, del anarquismo o de



Santo Tomás— “un teólogo pícnico”

la transformación de la humanidad en un nuevo estado; es decir —dice Iván—, las mismas cuestiones, sólo que vistas por el otro extremo”.

Los hermanos hablarán, pues, de cuestiones eternas:

“Bueno, pues... figúrate, puede que acepte la existencia de Dios —rio Iván—. No te lo esperabas... ¿verdad?”

Iván empieza aquí a preparar su argumento: “Puede que acepte la existencia de Dios”. En realidad es esta una concesión que tiende a suspender la cuestión de si Dios existe, simplemente para no partir de ella, pues de ser así, se habría decidido ya de una manera u otra y el diálogo quedaría cancelado.

Iván continúa: “Acepto a Dios, y no sólo de buen grado, sino que acepto además su presencia y su finalidad... que a nosotros nos son perfectamente desconocidas; creo en el orden, en el sentido de la vida; creo en la eterna armonía, en la que todos hemos de fundirnos; creo en el Verbo hacia el que propende el Universo, y que reside en Dios, siendo Dios él mismo, bueno, y etc., hasta el infinito...”. “Según parece voy ya por el buen camino... ¿no? Bueno; pues ahora figúrate que en último término, yo, este Universo Divi-

no... no lo acepto. Y aunque sé que existe, no lo admito del todo.”

“Me explicaré —continúa Iván—. Estoy convencido como un niño de que el dolor se extinguirá... Que toda la indignante farsa de las humanas contradicciones se disipará cual lamentable espejismo, como una ruín manifestación de la humana, euclidiana razón; que finalmente, al término del Universo, en el momento de la eterna armonía, ocurrirá y surgirá algo hasta tal puntopreciado que bastará a todos los corazones, calmará todos los descontentos, redimirá todos los crímenes de las criaturas, toda la sangre por ellas vertida, haciendo que no sólo resulte posible perdonar, sino justificar todo lo sucedido entre los hombres.” “¡Todo esto —añade Iván— concedo que será y se manifestará, pero yo no lo admito ni quiero admitirlo! Concedo hasta que las líneas paralelas se unan en el infinito y yo lo vea; entonces lo veré y diré que se han unido; pero a pesar de todo no lo admito. Ahí tienes mi ser, Alioscha; ahí tienes mi tesis. Esto te lo digo en serio... No te hacía falta saber de Dios, sino saber cómo vive tu amantísimo hermano. Pues ya te lo dije.”

Como puede verse, Iván no quiere afirmar nada sobre la existencia de Dios. Él la admite, e incluso hace una descripción emocionante de la visión escatológica del cristianismo. Su intención se desplaza hacia lo que él llama el *Universo Divino*. Es decir, hacia el mundo comprendido como creación de Dios que se encamina hacia un punto final glorioso. Iván suspende el juicio sobre el asunto central y fija su mirada en el mundo. Va a dar un rodeo por el mundo para mostrar ciertos hechos que lo hacen *inaceptable* como Universo Divino, lo que en último término, va a hacer inaceptable la existencia de Dios. No va a argumentar directamente acerca de esa existencia. Va a hacer algo mucho más grave: va a mostrar un aspecto del mundo con tal fuerza que nadie, ni el cristiano Alioscha, se sentirá capaz de replicar.

Pero, oigamos a Iván. Después de exponer con verdadera maestría la imposi-



Dostoevsky— “genio de la desmesura”

Mientras la noche se ennegrece de culpas el cofrade vela y expía con los brazos en cruz, de rodillas frente a la Sagrada Forma.)

“Tan cerca las campanadas... como si nos llamaran a nosotras, y que nosotras fuéramos gente del pueblo. Pero oigo un grito, y que alguien pide agua. Entonces me doy cuenta de que las dolencias volvieron a despertar a mi hermana. Y que estamos tan lejos del pueblo como para que sus campanadas lleguen hasta nosotras sólo por lo oscuro y dormido que se queda el pueblo al filo de la madrugada.”

“Agua, maldita, quiero agua. Desgraciada ciega, óyeme. ¿No me oyes? Dónde estás, hermana, hermanita, lo único que tengo para insultar cuando tanto me duele hacerlo contigo...”

“—Habías de ver, hermana... ahora es un cerro de piedras, mucho más piedras que antes. Pero ya no le ruegues, que él tiene razón. Las piedras regadas por el suelo son un estorbo, y además, esta casa ya es de él... Vámonos, hermana, vámonos. Te digo que ya no le ruegues, que ya no te sigas humillando. Pero no me tientes la cara; me arañas los ojos con tus dedos cochinos... A poco vas a creer que estoy llorando...”

A esta hora comienza a meterse el sol. Va recogiendo sus rayos como en una amarilla resignación desencantada de haber calentado esta pila de gente. Gente callada, silenciosa e indiferente, como si viviera dormida en un terregoso sueño sin sueños.

“Aquel borracho se quedó dormido en el empedrado de la calle, de la callecita sucia de estiércol y chaparra, como si estuviera ciega y de rodillas en un perpetuo novenario por el buen temporal. Este pueblo se parece mucho a mi hermana. Es como ella de sucio y de seco, apestoso a humor de parturienta. Parece un viejo de lengua clisada que se pasara la vida no más repasando medio dormido su descarapelado rosario de adobes y haciendo monigotes de tierra para que se le arrastren por su pellejo de polvo y de chicalotes secos. Unos monigotes prietos, inútiles, con el espinazo clavado hacia el suelo y un pedacito pardo de corazón que a veces, en la noche, canta a gritos destemplados porque se trasminó de alcohol. Que canta a veces mientras el pueblo lo va apachurrando para enterrárselo en las uñas.

“Hasta ahora me voy dando cuenta de que yo soy un monigote de esos. No sé si lo era desde antes o me volví hace un rato, cuando me echó de su casa don Raudel Gómez. Yo creo que antes no lo era todavía, porque todavía soñaba, a escondidas de todos...”

“Hay veces en que alguien sube alto, muy alto, para de pronto sentir lo duro del suelo. Hay veces en que piensa mucho, se agarra a piense y piense hasta perder la razón o ve el sol de frente para quedarse a oscuras. Yo quería vivir; lo quería con todas mis fuerzas. Sólo eso quería. Pero llega un momento en que sólo esto se puede hacer, esto que yo estoy diciendo:

“—Vámonos, hermana, que ya está oscureciendo. ¿Sabes? Desde hoy me iré yo a la puerta del templo. Tú te quedarás en la casa. Yo venderé las semillas; no quiero que el aire te las vuele, o que te las sigan robando los escuincles de don Raudel Gómez cuando van al rosario...”